



# **Observatorio de las Ideas**

REVISTA DE IDEAS

EJEMPLAR EDITADO PARA

**Cortesía del Editor**

**Nº83 - FEBRERO 2020**



---

DIRECTOR

**Andrés Ortega**

---

CONSEJO ASESOR

**Antón Costas**

**Guillermo de la Dehesa**

**Javier Nadal**

**Ana Palacio**

**Ignacio Pérez de Arriaga**

**Manuel Pimentel**

**Josep Piqué**

**Narcís Serra**

**Pedro Solbes**

**Juan Tapia**

---

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN

**Gloria Álvarez**

**José Balsa**

**Manuel Cebrián**

**Jordi Domènech**

**Xavier Massa**

**Ángel Pascual-Ramsay**

**Francesc Trillas**

---

EDITA

**Observatorio de Ideas S.L.**

CONSEJERO DELEGADO

**Daniel Fernández**

---



Querido lector:

Nuevos estudios sobre las dinámicas humanas, en términos más completos y complejos, permiten detectar un movimiento hacia el este en el centro de gravedad del mundo, calculado en función de factores como el PIB, las emisiones de CO<sub>2</sub> o las poblaciones totales y urbanas, con tendencias sorprendentes.

Como segundo informe de interés, recogemos el de Startup Genome y Global Entrepreneurship Network sobre el ecosistema de las *start-ups*, según el cual se siguen descentralizando los ecosistemas –¿será Silicon Valley una excepción?– y asciende la llamada «tecnología profunda».

Una tercera idea, en contra de la teoría económica habitual sobre la tragedia de los «comunes», demuestra cómo la cooperación en materia de lucha contra el cambio climático puede funcionar.

Tras *El capital en el siglo XXI*, Thomas Piketty vuelve con otro libro abrumador y complejo, *Capital et idéologie*. Una vez que haya sido traducido al inglés (ya lo ha sido al castellano), generará un amplio debate en el mundo anglosajón y europeo, que, de hecho, ya ha empezado. El economista francés considera, apoyándose en una inmensidad de datos, que la ideología y la política se encuentran, tanto o más que la economía, en el origen de la desigualdad y de las soluciones que propone.

La explosión del populismo en Europa es el objeto central del libro de Yves Meny *Popolo ma non troppo. Il malinteso democratico*, que constituye una advertencia sobre el efecto del lenguaje político en la democracia.

A menudo se piensa que una sociedad fuerte requiere un Estado débil. En un tercer libro que comentamos, Daron Acemoglu y James A. Robinson sugieren lo contrario (ya observado por Tocqueville para el caso de EE UU): que un Estado fuerte debe ir de la mano de una sociedad fuerte para fomentar la libertad y la democracia.

Espero que estas ideas despierten su interés, le descubran algún aspecto nuevo de nuestros tiempos y le anticipen algo de los venideros.

Con mis mejores saludos,

**Andrés Ortega**

*Director*





| IDEAS DE INTERÉS |

**DINÁMICAS HUMANAS Y DESPLAZAMIENTO AL ESTE DEL CENTRO DE GRAVEDAD MUNDIAL**

**Publicación:** «Globalization and the Shifting Centers of Gravity of World's Human Dynamics: Implications for Sustainability», de **José Balsa Barreiro, Yingcheng Li, Alfredo Morales y Alex Pentland**.

**Síntesis:** *El análisis conjunto de los centros de gravedad del PIB, emisiones de CO<sub>2</sub>, población total y población urbana permite entender mejor cuál ha sido el modelo de desarrollo económico, además de evaluar sus implicaciones para la sostenibilidad del planeta.*

**ASCENSO DE TECNOLOGÍAS PROFUNDAS (DEEP TECH)**

**Publicación:** «Global Startup Ecosystem Report 2019», **Startup Genome y Global Entrepreneurship Network**.

**Síntesis:** *En el ecosistema global de start-ups se mantienen las tendencias del año previo de descentralización de ecosistemas, disparidad geográfica y sociodemográfica y continuidad tecnológica, y destaca el ascenso de las tecnologías profundas o deep tech (fabricación avanzada y robótica, blockchain, tecnologías de agricultura y nuevos alimentos, inteligencia artificial, big data y analytics). Por primera vez, Barcelona irrumpe en el top 30 de los ecosistemas y Madrid entra en el informe.*

**LA COOPERACIÓN CLIMÁTICA CONTRA LA TEORÍA ECONÓMICA CONVENCIONAL**

**Publicación:** «Cooperation in the Climate Commons», de **Stefano Carattini, Simon Levin y Alessandro Tavoni**.

**Síntesis:** *La cooperación climática se presenta como solución a pesar de que la teoría económica convencional la descarta, pues la evidencia empírica demuestra que es posible a nivel global.*

| LIBROS |

**CAPITAL E IDEOLOGÍA:** *Capital et idéologie*, de **Thomas Piketty**.

**POPOLO, MA NON TROPPO:** *Popolo ma non troppo. Il malinteso democratico*, de **Yves Mény**.

**ESTADOS, SOCIEDADES Y EL ESTRECHO CAMINO DE LA LIBERTAD:** *The Narrow Corridor. States, Societies and the Fate of Liberty*, de **Daron Acemoglu y James A. Robinson**.

## DINÁMICAS HUMANAS Y DESPLAZAMIENTO AL ESTE DEL CENTRO DE GRAVEDAD MUNDIAL

■ **Publicación:** «Globalization and the Shifting Centers of Gravity of World's Human Dynamics: Implications for Sustainability», *Journal of Cleaner Production*, diciembre de 2019. Descargable en el siguiente enlace:

<https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0959652619327933>

■ **José Balsa Barreiro**, del MIT Media Lab; **Yingcheng Li**, del MIT Department of Urban Studies and Planning, y **Alfredo Morales** y **Alex Pentland**, del MIT Media Lab. Todos los autores, afiliados al Massachusetts Institute of Technology (Cambridge, Estados Unidos), trabajan en temas de ciencia social computacional y geografía económica.

*Resumen: El análisis conjunto de los centros de gravedad del PIB, emisiones de CO<sub>2</sub>, población total y urbana permite entender mejor cuál ha sido el modelo de desarrollo económico, además de evaluar sus implicaciones para la sostenibilidad del planeta. Demuestra un desplazamiento de la nueva métrica, más compleja, del centro de gravedad del mundo hacia el este, desde el Atlántico hacia algún lugar en el Mediterráneo.*

Existe un cierto debate en torno al concepto de globalización referido al modelo económico actual. Este proceso está suponiendo cambios muy significativos en ciertas dinámicas humanas a nivel mundial y, en este contexto, se plantean ciertas dudas sobre el modelo actual de desarrollo económico y su sostenibilidad a medio y largo plazo. Sin embargo, hasta el momento, esta problemática no se ha abordado de forma convincente, lo que explica la falta de compromiso político real ante los grandes desafíos globales.

*«La riqueza mundial ha pasado de concentrarse en algún lugar en medio del Atlántico a situarse en algún punto sobre el mar Mediterráneo. El cambio hegemónico mundial con el eje Japón-China es el referente, aunque algunos países emergentes del sudeste asiático ganan peso relativo».*

Afrontar estos retos requiere un enfoque multiescalar y una perspectiva integral dentro de un entramado más complejo de interdependencias entre países.

Una forma de entender el actual modelo de desarrollo económico es a través del llamado «centro de gravedad», un estimador físico/geométrico que permite evaluar la distribución y el peso espacial de un determinado indicador. Se calcula a partir del peso –en términos absolutos– de una red de puntos correspondientes a cada uno de los países.

Varios estudios relativamente recientes analizan cómo ha variado la posición del centro de gravedad de la riqueza mundial en términos de PIB. La gran mayoría de estos estudios concluyen, aunque con ciertas diferencias derivadas de las distintas metodologías de cálculo aplicadas, que el centro de gravedad de la riqueza mundial se está aproximando a Asia.

Este artículo va un paso más allá. Calcula no sólo el centro de gravedad de la riqueza mundial (en términos de PIB), sino también el de sus costes asociados. Para ello estima el centro de gravedad de las emisiones de CO<sub>2</sub> (impacto ambiental) y de varios indicadores demográficos, tales como la población total y la urbana (impacto humano). Los autores presentan una metodología propia, basada en la estimación de un centro de gravedad plano proyectado en el espacio 2D, que se calcula para los distintos indicadores dentro de

una serie temporal relativamente amplia, lo que permite reconstruir la evolución de cada indicador desde 1960.

Los resultados muestran una tendencia clara tanto en la distribución de la riqueza mundial (PIB) como en las emisiones de CO<sub>2</sub>. Ambos indicadores describen trazas que se dirigen claramente al este, debido principalmente a la pujanza de China en las últimas décadas.

En cuanto al PIB, la riqueza mundial ha pasado de concentrarse en algún lugar en medio del Atlántico a situarse en algún punto sobre el mar Mediterráneo. Lo que subyace es el cambio hegemónico mundial, con el eje Japón-China como referente, aunque algunos países emergentes del sudeste asiático ganan peso relativo.

En cuanto a las emisiones de CO<sub>2</sub>, presentan un patrón muy semejante a la traza del PIB, aunque avanzan con mayor rapidez hacia el este, lo que evidencia un desacoplamiento entre riqueza y recursos. Esto se explica fundamentalmente por el modelo de crecimiento chino durante las últimas décadas, cuya fase inicial de desarrollo requirió más recursos. En los últimos años, la economía china ha empezado a mostrar signos de madurez económica, lo que se manifiesta gráficamente en la tendencia a la reducción de distancias entre las trazas de PIB y las emisiones de CO<sub>2</sub> durante la última década.

Por su parte, los indicadores demográficos (población total y urbana) tienen cierta importancia en la disyuntiva población/recursos. Así, resulta significativo evaluar si la generación de riqueza va emparejada con un incremento de población y si, además, existe una

*«Mientras las trazas demográficas tiendan a mostrar dinámicas contrapuestas a las descritas por los factores económicos, los flujos migratorios tenderán a ser mayores, lo que supondrá una amenaza a la sostenibilidad del modelo económico».*

correlación entre ciudades y desarrollo en un contexto en el que las economías urbanas generan la mayor parte de la riqueza mundial. En los gráficos se observa que los centros de gravedad de ambos indicadores demográficos describen trazas completamente diferentes a los indicadores económicos y medioambientales. La explosión demográfica mundial se produce en un sentido dominante norte-sur, de forma perpendicular a las trazas del PIB y las emisiones de CO<sub>2</sub>. Esto se

explica por la denominada «paradoja demográfica-económica», según la cual los países tienden a reducir sus tasas de natalidad conforme incrementan sus niveles de riqueza. Finalmente, el estudio concluye que, mientras las trazas demográficas tiendan a mostrar dinámicas contrapuestas a las descritas por los factores económicos, los flujos migratorios tenderán a ser mayores, lo que supondrá una amenaza a la sostenibilidad del modelo económico a medio y largo plazo.

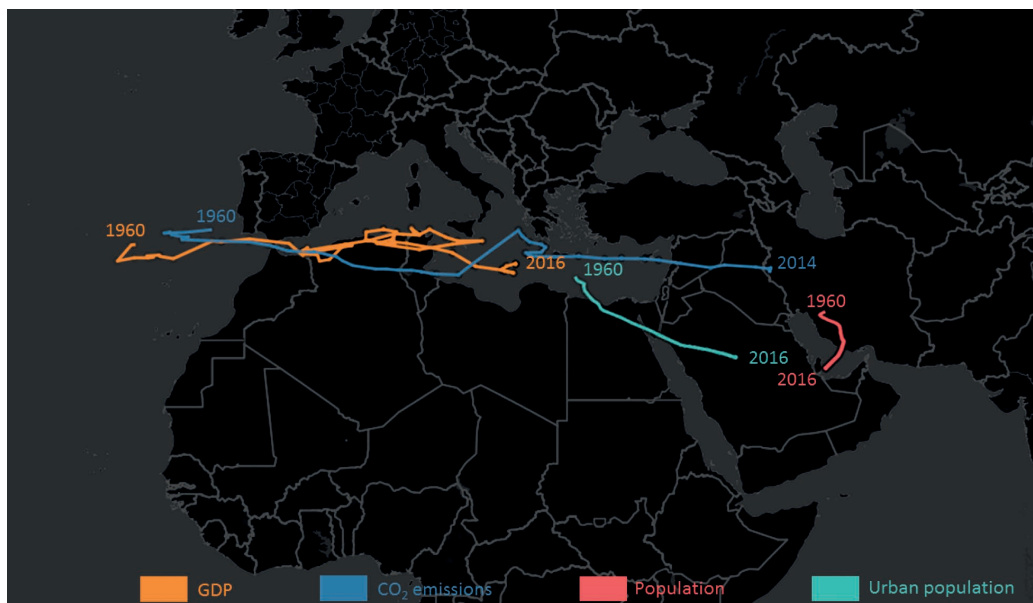
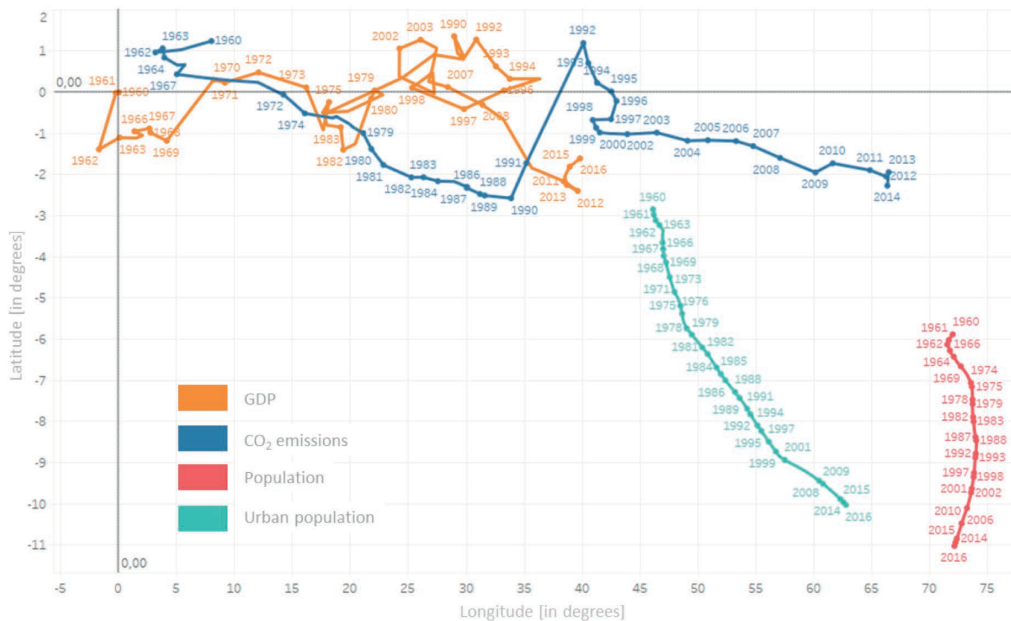


Figura 1.



*Trazas descritas por los centros de gravedad de los distintos indicadores. La figura 1 muestra la proyección de las trazas sobre el mapa del mundo. La figura 2 representa las coordenadas de indicador en un sistema de coordenadas propio en el que el origen (0,0) corresponde al centro de gravedad del PIB en el año 1960.*

Por José Balsa Barreiro

## ASCENSO DE TECNOLOGÍAS PROFUNDAS (DEEP TECH)

- **Publicación:** «Global Startup Ecosystem Report 2019», mayo de 2019. Descargable desde el siguiente enlace: <http://bit.ly/2sbT8HB>
- **Startup Genome y Global Entrepreneurship Network** (socios: Hello Tomorrow, Crunchbase, Tech Nation, Orb Intelligence y Dealroom.co).

*Resumen: En el ecosistema global de start-ups se mantienen las tendencias del año previo de descentralización de ecosistemas, disparidad geográfica y sociodemográfica y continuidad tecnológica, destacando el ascenso de las tecnologías profundas o deep tech (fabricación avanzada y robótica, blockchain, tecnologías de agricultura y nuevos alimentos, inteligencia artificial, big data y analytics). Por primera vez, Barcelona irrumpe en el top 30 de ecosistemas y Madrid entra en el informe.*

**E**stamos viviendo la transición hacia la Cuarta Revolución Industrial, apunta Jean François Gauthier, fundador y CEO de Startup Genome, una era de grandes desarrollos con grandes paradojas y oportunidades para resolver problemas globales como la pobreza y el cambio climático, pero también de enormes desigualdades, que los futuros historiadores podrían llamar «la gran transición», que se manifiestan en la comparativa de las grandes compañías de 2008 y 2018, actualmente dominadas por las tecnológicas. En 2008 sólo una de las diez se basaba en tecnología mientras que, en 2018, son siete de diez, tres de ellas en Silicon Valley. El informe del Ecosistema Global de Startups de 2019 (versiones anteriores se pueden consultar en ODLI n.º 54 y 71) toma el *input* de un cuestionario a más de diez mil fundadores y de más de cien entrevistas a fundadores, inversores, aceleradoras, incubadoras, *hubs* (concentradores) de *start-ups* y responsables de políticas.

La creación de valor del ecosistema global de *start-ups* en el período de estudio (2016-2018) suma 2,8 billones de dólares (billón en sistema europeo), cantidad que duplica la de hace cinco años y que supone un crecimiento del 20,6 % respecto al período anterior (2015-2017), algo menor que el del informe previo, donde fue de un 25,6 % entre los períodos 2015-2017 y 2014-2016. Este valor es comparable al de una economía del G7 y supera el PIB anual de Reino Unido. En el período de 2014 a 2016, 29 de los ecosistemas globales creaban un valor de más de 4000 millones de dólares. Entre 2016 y 2018, son 46, por lo que los autores predicen que alrededor de cien ciudades cruzarán el umbral de los 4000 millones de dólares en la próxima década. En el caso de España, hay dos ciudades candidatas: Barcelona, que ya superó el umbral y cuyo ecosistema de *start-ups* se valora en 4100 millones de dólares, que, además, entra por primera vez en el top 30; y Madrid, que, con un valor de 3600 millones de dólares, irrumpe este año en el informe.

*«No habrá otro Silicon Valley sino treinta distribuidos por todo el mundo, impulsados por líderes regionales o por subsectores, si bien ninguno de ellos alcanzará su tamaño en un futuro próximo».*

A continuación, se incide en tres tendencias del informe de este año de tinte continuista respecto al informe del año anterior:

**1. No habrá un Silicon Valley, sino treinta.** Desde hace una década, la publicación ha ido avisando a los líderes locales contra la «tontería de Silicon» (*Silicon*

*silliness*), la estrategia de replicar Silicon Valley, y han promulgado la descentralización para construir ecosistemas más fuertes promoviendo la conectividad, las redes y el conocimiento compartido. Según Startup Genome, no habrá otro Silicon Valley, sino treinta, distribuidos por todo el mundo, impulsados por líderes regionales (el caso de Singapur en el sudeste asiático) o por subsectores (el caso de San Diego para ciencias de la vida), si bien ninguno de ellos alcanzará el tamaño de Silicon Valley en un futuro próximo. Los treinta primeros ecosistemas de hoy, con Silicon Valley, Nueva York, Londres, Pekín y Boston a la cabeza, se perfilan como posibles líderes (tabla 1), pero su posición no es segura, ante la potencial amenaza de otros ecosistemas que van adelantando posiciones (tabla 2).

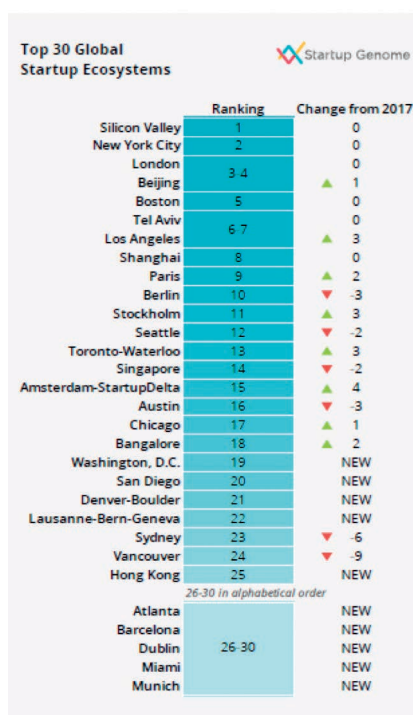


Tabla 1. Top 30 Ecosistemas globales de *start-ups*.

| City             | Country   | Continent     |
|------------------|-----------|---------------|
| Greater Helsinki | Finland   | Europe        |
| Hangzhou         | China     | Asia-Pacific  |
| Jakarta          | Indonesia | Asia-Pacific  |
| Lagos            | Nigeria   | Africa        |
| Melbourne        | Australia | Asia-Pacific  |
| Montreal         | Canada    | North America |
| Moscow           | Russia    | Europe        |
| Mumbai           | India     | Asia-Pacific  |
| São Paulo        | Brazil    | South America |
| Seoul            | Korea     | Asia-Pacific  |
| Shenzhen         | China     | Asia-Pacific  |
| Tokyo            | Japan     | Asia-Pacific  |

Tabla 2. Ecosistemas retadores.

**2. La tecnología profunda (*deep tech*) aumenta.** La tecnología profunda, que requiere de propiedad intelectual para tener éxito –como las ciencias biológicas, la robótica o la inteligencia artificial–, está creciendo más rápido que otras (figura 1). El 45 % de las *start-ups* que se crean en el mundo pertenecen a sectores relacionados con la tecnología profunda, al igual que los cuatro subsectores que más rápido crecen en financiación en etapa temprana durante cinco años (semilla + serie A): fabricación avanzada y robótica (107,9 %), *blockchain* (191,5 %), tecnologías de agricultura y nuevos alimentos (88,8 %) e inteligencia artificial, *big data* y *analytics* (64,5 %). Esto abriría nuevas oportunidades para ecosistemas que no se encontraban entre los mejores productores de *start-ups* de *software* gracias a las *deep tech* y las ciencias de la vida. Por su parte, descienden las tecnologías publicitarias (-47,9 %), los juegos (-40,4 %), los medios digitales (-38,9 %) y Edtech (-15,8 %) (ver figura 2). En definitiva, las tendencias son parecidas a las del año anterior.

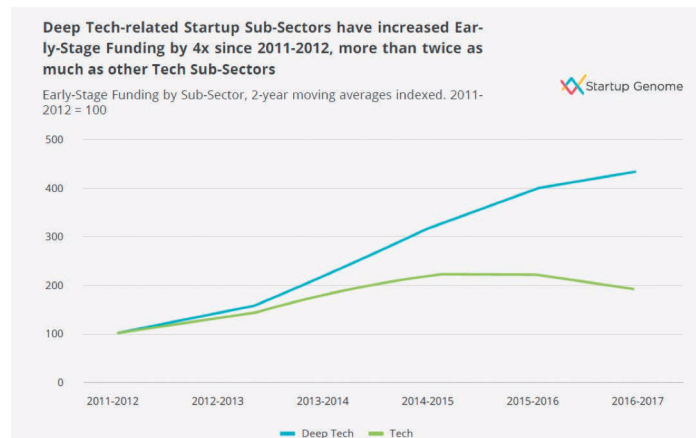


Figura 1. El ascenso de la financiación de start-ups de tecnologías deep tech frente a otros subsectores tecnológicos.

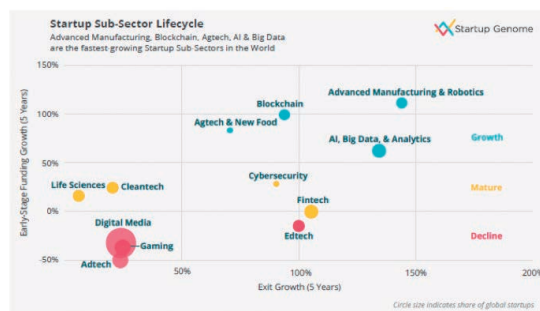


Figura 2. Ciclo de vida de los distintos subsectores. Crecimiento y descenso.

**3. Riqueza sin precedentes y disparidad continua.** Existen niveles de riqueza sin precedentes creados por la economía global, pero las oportunidades y la creación de riqueza y empleo no están uniformemente distribuidas. Muchas regiones se quedan rezagadas. La creación y captura del 68 % del valor de salida de la tecnología están en manos de diez ciudades, aunque esta concentración parece estar disminuyendo (fue del 87 % en el período 2011-2012). Incluso, dentro de una misma ciudad, el acceso a ese valor no es inclusivo. La disparidad se puede medir a través del tipo de personas que se convierten en fundadores. Únicamente el 14,1 % de los fundadores tecnológicos son mujeres y sólo tres ecosistemas ocupan el top 10 en emprendimiento femenino y en desempeño global (Nueva York, Los Ángeles y Shangái). La raza y otros factores sociodemográficos también están poco representados, como ya se anticipaba en la versión del informe del año anterior (ODLI n.º 71).

Además de presentar los *rankings* globales respecto a las distintas categorías (rendimiento, financiación, alcance de mercado, conectividad, talento, experiencia, conocimiento e índice de crecimiento) para los ecosistemas top 30, el informe dedica varios capítulos a temas como «por qué algunas *start-ups* tienen éxito y otras fracasan», introduciendo las ideas de escala prematura, desacoplamiento entre las dimensiones internas de la empresa frente a las externas, crecimiento consistente *vs.* inconsistente, un capítulo dedicado a la «responsabilidad tecnológica» y otro con un limitado estudio sobre «cómo la acción de

políticas públicas apoya a las *start-ups*». En este apartado, la acción política más común es la de aumentar la financiación. Por su parte, el aumento de acceso al capital está correlacionado con mayor financiación en etapas tempranas de los ecosistemas. En segundo lugar, se encuentran el apoyo a organizaciones y programas de *start-ups* y a la inmigración. Las áreas menos exploradas son bancarrota, diversidad e inclusión y adquisiciones.

Además, se muestran resúmenes ejecutivos de los distintos ecosistemas, entre ellos el de Barcelona, que entra en *ranking* de los cinco primeros ecosistemas por financiación en etapas tempranas, destacando en los subsectores tecnológicos de juegos y ciencias de la vida; y el de Madrid (con crecimiento similar a Barcelona en financiación en etapas tem-

«Mejoran las posiciones de Barcelona y Madrid con fortalezas en áreas de crecimiento (ciencias de la vida), en áreas maduras (fintech) y en declive (juegos). Barcelona destaca por la pluralidad de centros de innovación empresarial y Madrid, por el crecimiento acelerado del capital riesgo».

pranas, pero con peor crecimiento en *outputs*), que destaca en los subsectores de *fintech* y ciencias de la vida. En este sentido, mejoran las posiciones de Barcelona y Madrid en el nuevo informe y sus *rankings*, que presentan fortalezas en áreas de crecimiento (ciencias de la vida), en áreas maduras (*fintech*) y en declive (juegos). Barcelona destaca por la pluralidad de centros de innovación empresarial, acceso a talento local e internacional e inversiones de capital y riesgo, mientras

que para Madrid el informe señala el crecimiento acelerado del capital riesgo (un 340 % en los últimos cuatro años), la innovación corporativa y el incremento de *start-ups* fuertes (1200).

Respecto a las potenciales políticas para nuestro contexto, al igual que el año pasado, la estrategia de segmentación de ecosistemas por geografías y subsectores tecnológicos debe ir ligada a las fortalezas y activos del país/ciudades. Si en 2018 se apuntaba a políticas inclusivas (facilitar el acceso a redes de inversión y recursos a mujeres e inmigrantes), la transición a industrias verticales, frente a ecosistemas centrados en las tecnologías *per se* y a tratar de incluir otra ciudad española en el ecosistema global de *start-ups* (conseguido con Madrid), de entre las conclusiones de 2019, además de continuar en la misma línea anterior, seguimos abogando por la inclusión de más ciudades españolas en otros subsectores tecnológicos (por ejemplo, Bilbao en el subsector en crecimiento de *blockchain*) y en la necesidad de equilibrar el portafolio de subsectores tecnológicos en el país manteniendo la mezcla adecuada de ecosistemas en declive, madurez y crecimiento de acuerdo a los recursos y capacidades del país, en definitiva, equilibrar el corto con el largo plazo.

Por **Gloria Álvarez Hernández**

## LA COOPERACIÓN CLIMÁTICA, CONTRA LA TEORÍA ECONÓMICA CONVENCIONAL

■ **Publicación:** «Cooperation in the Climate Commons», *Review of Environmental Economics and Policy*, vol. 13, n.º 2, verano de 2019. Descargable desde el siguiente enlace: <http://bit.ly/39dtnrD>

■ **Stefano Carattini** (Georgia State University), **Simon Levin** (Princeton University) y **Alessandro Tavoni** (Universidad de Bolonia).

*Resumen: Las acciones para mitigar el cambio climático generan dilemas sociales de ámbito global. Su beneficio es compartido por todos, lo que favorece comportamientos oportunistas que dificultan el logro de acuerdos climáticos globales. La cooperación se presenta como la solución a estos dilemas, y la evidencia empírica demuestra que es posible a nivel global, a pesar de que la teoría económica convencional la descarta.*

La provisión de bienes públicos locales genera dilemas sociales, situaciones en las que un individuo saca provecho de su actitud egoísta a no ser que todos escojan la misma opción, perjudicando al grupo. En ellas, la cooperación representa un gran avance a nivel social al permitir superar las actitudes oportunistas ante los dilemas que plantea la provisión de bienes públicos. La literatura ha demostrado que la cooperación se puede dar siempre que se mantenga la confianza entre los miembros del grupo y existan sanciones para los que quebrantan las normas, teniendo en cuenta, eso sí, un entorno local donde los miembros de la comunidad se conocen. ¿Qué sucede si trasladamos la idea de cooperación a un nivel internacional en una materia como las acciones de mitigación del cambio climático, entendidas como un bien público global?

La mitigación del cambio climático presenta las condiciones más difíciles para generar un clima estable de cooperación internacional. Los beneficios se disfrutan a nivel global, sin importar quién soporta la carga de las acciones. Además, existen externalidades temporales que aún dificultan más la voluntad de cooperar, ya que las acciones de hoy benefician mayoritariamente a las futuras generaciones. Por consiguiente, los comportamientos oportunistas continúan siendo la norma en la gestión climática, lo que queda corroborado por décadas de infructíferas negociaciones.

En este artículo, los autores se centran en investigar las causas que promueven la cooperación climática. Frente a la evidencia de que ésta no es habitual, se encuentran casos

*«Hay sujetos dispuestos a cooperar ante un dilema global porque esperan que otros también lo hagan».*

en que hay sujetos dispuestos a cooperar ante un dilema global porque esperan que otros también lo hagan. Llevado a la práctica, el Acuerdo de París de 2015 puede contemplarse como un ejemplo de cooperación climática global. Después de una extensa revisión de

la literatura sobre la cuestión, los autores han observado una predisposición de los individuos a cooperar de forma global mayor de lo que predice la teoría.

El análisis se ha centrado en las normas sociales locales, fórmula que ha permitido a los autores examinar las raíces de comportamientos cooperativos que luego se corroboran mundialmente en el ámbito climático. Los autores identifican la existencia de un comportamiento respetuoso con el clima favorecido por las normas sociales locales. Cuanto

más predominante y visible sea éste, más será adoptado por otros individuos. Por consiguiente, se pueden promover acciones que refuercen el reconocimiento público de estos comportamientos. Por su parte, la confianza y la cultura de la cooperación son atributos que fomentan el enfrentarse al problema de los dilemas sociales globales. El reto en este caso reside en cómo incrementar la confianza a nivel social. Desde la ciencia económica se sugiere el uso de la educación como instrumento que fomente el espíritu cívico e incrementemente la cooperación.

En contra de lo que defiende la teoría económica convencional acerca de la habilidad para conseguir un acuerdo contra el cambio climático, iniciativas recientes muestran

*«El éxito del Acuerdo de París de 2015 exige que se preste más atención a la investigación en acuerdos internacionales climáticos, más centrada en la política doméstica y las organizaciones de acción climática».*

aproximaciones descentralizadas para la cooperación que culminaron en el Acuerdo de París. Este éxito exige que se preste más atención a la investigación en acuerdos internacionales climáticos, más centrada en la política doméstica y las organizaciones de acción climática. Finalmente, los autores recomiendan la consideración de aproximaciones y esquemas compartidos que refuercen patrones comunes de comporta-

miento con respecto a las acciones de mitigación. Las iniciativas individuales pueden emplearse para potenciar las actitudes a favor del medioambiente que incrementen las contribuciones a la lucha contra el cambio climático.

Por **Xavier Massa**

## CAPITAL E IDEOLOGÍA

---

**Thomas Piketty**, *Capital et idéologie*, Éditions du Seuil, septiembre de 2019, 1232 págs.  
Edición en español: *Capital e ideología*, Deusto, noviembre de 2019, 1248 págs.

Por **Jorge Díaz Lanchas**

¿Es la ideología la causante de la desigualdad? ¿Puede la ideología política intensificar o mitigar esta desigualdad? De ser así, ¿se puede acabar escogiendo el tipo de desigualdad que ha de albergar una sociedad? Tras abrir muchos interrogantes acerca de la desigualdad en su exitoso libro *El capital en el siglo XXI* (2013, en su edición en inglés), Thomas Piketty vuelve con una nueva obra, posiblemente mucho más profunda que la anterior, y con la que busca, como reconoce explícitamente, tanto generar debate sobre el análisis histórico de la desigualdad como aportar ideas para paliar buena parte de los problemas que están sufriendo las sociedades contemporáneas. Y lo que es más importante: trata de no fijarse únicamente en el mundo occidental, sino que expande su análisis a multitud de países y dimensiones sociales, haciendo el libro más completo y universal.

Con *Capital et idéologie* nos encontramos ante una obra ambiciosa con la que Piketty pone de manifiesto no sólo patrones históricos de la desigualdad interpersonal, sino las causas y factores que explicarían los cambios estructurales observados a lo largo de los siglos. Podría definirse como un libro de historia económica, pero, aun así, nos quedaríamos limitados, pues engloba también aspectos sociales y, especialmente, políticos. De hecho, el libro sugiere una conclusión lapidaria según la cual las causas que generan la desigualdad no son tanto económicas o tecnológicas, sino políticas e ideológicas. Esto es, la ideología sería el elemento clave detrás de la configuración de las desigualdades sociales. Una ideología entendida como aquella que por fin tiene que dar respuesta a los principios que cada sociedad consideraría justos y que establecerían, en último término, los regímenes y derechos de propiedad que funcionarían en cada una de ellas. De ser éste el caso, las múltiples explicaciones esgrimidas acerca del rol que los *shocks* negativos generados tanto por la globalización como por la tecnología sobre la desigualdad de las economías avanzadas resultarían refutadas por una dimensión ideológica mucho más abstracta, difícil de medir y sobre la cual los individuos tendrían más poder de acción, tanto para crear esta desigualdad como para mitigarla.

Éste es el supuesto de partida de Piketty. Con respecto de su anterior libro, en *Capital et idéologie* da una vuelta de tuerca y se plantea estudiar la «historia de las desigualdades», en un concepto casi determinístico de la misma. Pero estudiar esta historia cerniéndose únicamente al comportamiento histórico de las sociedades avanzadas acotaría demasiado el mensaje y su propio análisis. Para huir de ello, abre el abanico de sociedades que estudiar, pues considera que no hay una desigualdad única en los países occidentales que resulte ser meridianamente opuesta a la desigualdad experimentada por otras sociedades. Por el contrario, contempla la posibilidad de que haya elementos comunes a toda la variedad de sociedades, los cuales podrían extraerse y acabar dando forma a esa «historia de las desigualdades» a la que alude. Si bien es cierto que cada país (sociedad) posee su propia idiosincrasia, Piketty pretende mostrar que es la ideología de los individuos el factor transversal que configura las instituciones y reglas que los gobiernan, dando lugar con ello a una menor o mayor desigualdad en cada sociedad. En otras palabras, es la lucha de ideologías en cada país –en contraposición con el concepto marxista de lucha de clases– de donde partiría el origen último de la desigualdad en cada sociedad.

Para llegar a estas conclusiones, el autor hace de nuevo un uso extensivo de la base de datos históricos sobre desigualdad interpersonal: la World Inequality Database (WID). Pero no sólo emplea ésta, sino que la complementa con otras bases de datos con las que aportar evidencias que apoyen sus razonamientos. En particular y de manera muy novedosa, recurre a datos provenientes de resultados electorales y encuestas de opinión pública con las que estudia si la creciente desigualdad actual, a su vez, ha acarreado cambios en los sistemas políticos y electorales de los países ricos, tal y como veremos a continuación.

### Una historia de las desigualdades

Su análisis reconoce grandes éxitos experimentados por la sociedad mundial hasta el momento, tales como el aumento de la esperanza de vida o de las tasas de alfabetización. Incluso llega a aludir a los incrementos constantes en los niveles de población e ingreso a lo largo de la historia reciente. Sin embargo, y como ya puso de manifiesto en sus trabajos de investigación, estos éxitos han venido seguidos de una mayor concentración de la renta y la riqueza dentro de un porcentaje pequeño de la población. Frente a la progresiva reducción de la desigualdad que tuvo lugar entre finales de la Segunda Guerra Mundial y la década de los setenta, el mundo padece desde 1980 una mayor desigualdad en el reparto del ingreso, la propiedad y, en definitiva, de la riqueza. Esto, si bien no es nuevo, le sirve a Piketty para sostener, en primer lugar, que la desigualdad actual no debería ser tolerada y, en segundo lugar, que responde a factores que van mucho más allá de las dinámicas económicas. No obstante, hemos de remarcar que el propio autor no considera que toda desigualdad sea mala o perjudicial, sino que, siendo legítima aquella que pueda derivarse de la propia innovación, la desigualdad perniciosa sería la que surge a raíz de una mayor concentración intergeneracional de la riqueza.

Siendo éste el caso actual, Piketty se pregunta si la desigualdad ha tenido también cabida en otros sistemas económicos y sociedades. Para poder responder, a lo largo de trece extensos capítulos, realiza una revisión profunda de las dinámicas de concentración de renta y propiedad que han ido surgiendo en el seno de distintos tipos de sociedades. Éstas son las sociedades medievales, que llega a denominar «trifuncionales» (*trifonctionnelles*); las sociedades de propietarios (*propriétaires*), que surgieron en Europa a raíz de la Revolución francesa y que se mantendrían en sus múltiples formas hasta la llegada de la Primera Guerra Mundial; las sociedades coloniales y esclavistas, entre las cuales se encontrarían tanto países europeos como asiáticos y centroamericanos; las sociedades socialdemócratas, que llegarían hasta los inicios de la década de los ochenta; las sociedades comunistas y postcomunistas, y, por último, las sociedades hipercapitalistas actuales, que define también como «neopropietarias». Para todos estos casos, recurre al mejor uso posible de los datos disponibles, pero, tal y como el propio autor reconoce, para muchos de ellos la escasez y fiabilidad de los datos limitan en buena medida los indicadores de desigualdad que calcula, especialmente para los países excomunistas (Rusia y China). Dicho esto, llega a ofrecer análisis muy concienzudos y detallados sobre países como Francia, Reino Unido, Estados Unidos, Irlanda, España, Suecia y, singularmente, la India, a la que incluso dedica un capítulo.

Respecto de las sociedades medievales, sugiere que éstas albergan sistemas trifuncionales derivados de la propia estructura social jerarquizada en tres niveles: nobleza, clero y «pueblo llano». Como bien demuestra a lo largo del libro, los dos primeros estamentos suponen porcentajes muy pequeños de la población pero que, sin embargo, poseen mucho poder. Podían fijar impuestos (diezmos), establecían normas, poseían grandes proporciones de bienes y tierras y llegaban hasta a establecer los marcos de las ideas y el debate dentro de sus sociedades. Es decir, una minoría poseía un gran poder frente a una

gran mayoría eminentemente productiva pero que carecía de poder de decisión o de los derechos más básicos. Una minoría que, por cierto, estaría localizada en su mayor parte en las ciudades grandes (en Francia, por ejemplo, París) de la época. Siendo éste el reparto de los recursos y la propiedad, cabe entender que la desigualdad esgrimida durante esos siglos no se debía tanto a factores económicos, sino a la propia decisión política e ideológica de mantener este tipo de desigualdad por parte de los individuos e instituciones de estas sociedades trifuncionales. Es decir, la ideología había sentado las bases de los derechos de propiedad y, por ende, del régimen político. Esta situación, argumenta Piketty, empieza a desmembrarse lentamente con la aparición, en los siglos xv-xvi, de los primeros Estados centralizados en Europa, los cuales podían ejercer cierto poder de control y coacción sobre los abusos de una nobleza y un clero medievales que iban girando cada vez más hacia una nueva burguesía mercante. No sólo eso, sino que es en esta transición cuando se empieza a plantear la necesidad de gravar impositivamente a esas partes de la población que hasta el momento habían disfrutado de grandes privilegios.

Sin embargo, no sería hasta la llegada de la Revolución francesa cuando se rompan estas sociedades trifuncionales para dar paso a otras, que nuestro autor denomina sociedades de propietarios, en las que se daría un proceso de concentración de la propiedad aún más acusado. En su origen, la Revolución buscaba eliminar esos privilegios concentrados por una minoría de la sociedad y, en buena medida, parte de esta idea se vio formalmente materializada. En este sentido, surgieron grandes intentos por establecer una reforma agraria y otra impositiva, siendo especialmente notables las creaciones de un impuesto sobre la renta (1767) –con unos tipos que rondarían entre el 5 % y el 75 %– y un impuesto de sucesiones (1792), que llegaría a alcanzar tipos formales del 67 %. Aun cuando estas propuestas de redistribución pudieran resultar encomiables para la época, su efectividad en cuanto a recaudación fiscal fue muy reducida. De hecho, y a diferencia de lo que se tiende a pensar, la Revolución francesa resultó un fracaso en la redistribución de la propiedad, pues, para el caso francés, la concentración de ésta por parte del 1 % más rico llegó a aumentar por encima del 60 % hasta bien entrado el siglo xx, lo que constituye uno de los hallazgos más interesantes del libro. Bien es cierto que esta concentración vino favorecida por los procesos de industrialización, financiarización e internacionalización que tuvieron lugar entre 1815-1914 (la *Belle Époque*) y que llegó a afectar positivamente a Francia y Reino Unido, entre otros países. No obstante, y pese a esta deriva desigualitaria, la época de post-Revolución francesa supuso un cambio de mentalidad acerca de la forma en la que la riqueza se tenía que distribuir en la sociedad. Por así decirlo, se había puesto en tela de juicio el culto a los derechos de propiedad que, en última instancia, estaba detrás de esa concentración de la propiedad. Además, empezaron a gestarse una serie de mecanismos institucionales (en Reino Unido, con su *people's budget*, 1909) y democráticos (en Suecia, con sufragios proporcionales a la riqueza) para empezar a redistribuir esa riqueza. Como vemos, fueron decisiones ideológicas las que impulsaron la redistribución.

Frente a estas sociedades propietarias, simultáneamente pero en otras partes del mundo, tendríamos las coloniales y esclavistas, cuyos patrones de desigualdad aún hoy en día se sufren, si bien con niveles relativos menores. Las coloniales mostraron signos diferenciadores dentro de su amplia variedad. Por un lado, tendríamos sociedades coloniales cuyas metrópolis (Francia, Reino Unido, Alemania) buscarían la explotación de recursos, aplicando trabajos forzados entre los nativos y dirigiendo los (escasos) gastos públicos hacia los colonos provenientes de las mismas, lo que condujo a una hiperconcentración de la riqueza. Por otro, estarían países como Japón, China y, especialmente, la India, que ya por sí mismos y antes de la llegada de los colonos mostraban una organización social con rasgos jerárquicos similares a las sociedades trifuncionales. El caso de la India es quizás el más interesante, pues combinaba elementos tradicionales propios que por sí solos gene-

raban desigualdad con otros derivados del colonialismo inglés, lo que llevaría a un largo y lento proceso de abolición de la servidumbre. No obstante, desde finales de la década de los cuarenta, diversas políticas (imperfectas) en materia de educación y redistribución se aplicarían entre los aquellos colectivos históricamente más discriminados, haciendo de la India un caso único de estudio en la historia, según reconoce Piketty.

En cuanto a las sociedades esclavistas, éstas representarían el mayor grado de desigualdad posible, siendo especialmente llamativa la defensa de la esclavitud que esgrimían las élites económicas de la época, las cuales defendían los derechos de propiedad que poseían sobre los esclavos. A este respecto, sería en los estados sureños de Estados Unidos, en los que el porcentaje de esclavos resultaba abrumador, donde surgirían concepciones sacionativistas que justificaban la esclavitud, lo que constituye una de las grandes contradicciones que el partido demócrata mantendría durante varias décadas. Muchos fueron los procesos abolicionistas que se llevaron a cabo entre los países que padecieron intensamente la esclavitud (Brasil, países de Centroamérica como Jamaica, Haití y República Dominicana, o islas como Barbados o Martinica). Mientras que Reino Unido optó por compensar directamente a los propietarios de esclavos por miedo a un cuestionamiento del derecho de propiedad, Francia eligió que fuesen los propios países (esclavizados) los que sufragasen el coste de indemnizar a esos propietarios de esclavos. El caso de Haití sería el más paradigmático, pues el país tuvo que pagar un préstamo millonario a Francia para sufragar dichos gastos, generando una deuda que duraría hasta 1950 y que lo hundiría económicamente. Como vemos, nuevamente la elección política e ideológica determinó el tipo y los niveles de desigualdad tanto en las sociedades coloniales como en las esclavistas.

Tras esta época llegaría la inestabilidad de 1914 y los cambios de regímenes políticos. Ya antes de la Primera Guerra Mundial se establecieron los cimientos de los sistemas progresivos de las sociedades socialdemócratas que seguirían a la Segunda Guerra Mundial. Entre 1870 y 1914, en Europa se introdujo más eficazmente una serie de impuestos progresivos sobre la renta y el patrimonio, se aplicaron múltiples reformas agrarias y, muy singularmente, surgieron las primeras partidas de gasto social gracias a la mayor dotación presupuestaria de los Estados. Estas partidas se centrarían, en primer lugar, en la educación, para luego expandirse a unos sistemas de pensiones y asistenciales muy embrionarios. Además, las consecutivas guerras y las necesidades de financiación que éstas implicaron dispararon la deuda pública, que ya tan sólo podría pagarse vía procesos inflacionarios o a través de subidas enormes y mantenidas en el tiempo de los tipos impositivos, especialmente sobre la renta. Esta época supondría el fin de las sociedades propietarias que se habían caracterizado por la alta concentración de la riqueza.

Las sinergias se extenderían a las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, llevando a la que se conocería como «edad de oro de la socialdemocracia». El convencimiento ideológico según el cual la redistribución podría conseguir sociedades más cohesionadas, estables y con crecimiento llevó a los Estados a practicar políticas fiscales redistributivas aún más intensas que en la primera parte del siglo xx. Entre los sistemas organizativos del momento, destacarían aquellos basados en la cogestión empresarial, aplicados en países como Alemania, Austria u otras del norte de Europa. Según éstos, los trabajadores podían participar en la toma de decisiones dentro de los comités ejecutivos de las empresas, favoreciendo con ello el reparto de los beneficios y una mayor implicación de los trabajadores en el establecimiento de los salarios.

Sin embargo, el propio Piketty reconoce que la socialdemocracia de la época no supo adaptarse a los cambios de los años ochenta y noventa. La incipiente liberalización de los flujos de bienes y capitales sorprendió a las sociedades socialdemócratas y provocó que sus políticas quedasen constreñidas a las fronteras nacionales, mientras que el mundo en su conjunto se dirigía hacia una mayor integración de los países en la que la efectividad

de las políticas nacionales autónomas iban perdiendo poder. Es decir, la socialdemocracia del momento no supo adaptarse a la internacionalización, no pudiendo corregir las desigualdades que desde entonces han ido apareciendo. No sólo eso, sino que desde mediados de los años ochenta empieza a surgir otra semilla de la desigualdad que hoy en día se ha intensificado y se ha ido convirtiendo en uno de los elementos más discriminadores: la educación superior. Y es que, mientras los Estados, empezando por EE UU, se preocuparon por invertir en la educación primaria y secundaria de modo que fuese accesible al conjunto de la sociedad, la educación superior se convertía poco a poco en un elemento diferenciador al alcance sólo de una élite económica cada vez más concentrada y con mayores recursos que destinar a la misma. De ahí que nuestro autor apueste en el último capítulo por políticas que persigan un mejor acceso de los individuos a una educación terciaria de calidad.

A la vez que este auge y caída de la socialdemocracia fue teniendo lugar a lo largo del siglo xx, en otras sociedades apareció otro tipo de desigualdad, la de las sociedades (post) comunistas. Piketty rechaza el modelo de planificación centralizada empleado por los países comunistas, pero no por ello deja de analizar los patrones de (des)igualdad que tuvieron lugar en ellos. Por un lado, demuestra que la URSS fue mucho más efectiva que los países capitalistas en reducir la desigualdad a medida que pudo mejorar los niveles de renta medios, que pasaron de representar el 35 %-40 % del salario medio de la Europa occidental en 1910 hasta alcanzar niveles superiores al 60 % a finales de los ochenta. Tras esta época, sin embargo, llegaría uno de los peores tipos de desigualdad: la plutocracia. Para nuestro autor, Rusia se ha acabado convirtiendo en uno de los regímenes más desigualitarios, en el que se ha reforzado el tipo de sociedad propietaria propio del siglo xix. Este país se caracteriza por una fuerte oligarquía que ha sentado las bases de la organización del poder y, a su vez, se ha encargado de enviar cantidades ingentes de riqueza pública y privada fuera de las fronteras rusas hacia los paraísos fiscales (*offshoring*). Además de convertirse en un país puramente desigualitario, carece prácticamente de sistemas redistributivos efectivos, pues éstos se basan eminentemente en la imposición vía impuestos indirectos con bajos tipos impositivos, una muestra más de que las preferencias ideológicas han fijado los estándares de desigualdad.

Pero Rusia no es el único ejemplo de país excomunista desigualitario, sino que China y las demás potencias exsoviéticas han seguido patrones similares. En estas últimas, resulta especialmente llamativa la deriva identitaria que han mostrado a lo largo de las últimas décadas, fruto, argumenta Piketty, de la «desilusión» generada por no haberse alcanzado una economía más justa durante la época comunista. China, por su parte, destaca por su combinación de ciertos mecanismos de mercado junto con la vuelta al autoritarismo de Estado. El peso del capital público se ha visto reducido a la vez que aumentaban las desigualdades internas. Las mejores estimaciones de desigualdad de renta en China apuntan a que ésta ha crecido, aunque el propio Piketty reconoce que puede estar subestimada, debido a la escasa fiabilidad de los datos chinos.

Finalmente, tras toda esta evolución de las desigualdades, la época hipercapitalista actual supone una (relativa) vuelta a los patrones desigualitarios de inicios del siglo xx, cuando todavía las sociedades se conformaban como propietarias, de ahí que nuestro autor considere que el siglo xxi en realidad se haya acabado convirtiendo en un tipo de sociedad neopropietarista. La liberalización de flujos de capital unida a la emergencia cada vez más potente del papel de los paraísos fiscales, así como su opacidad informativa, han mermado el poder recaudatorio de los Estados nacionales. Las políticas monetarias de los bancos centrales han impulsado la deuda y han acrecentado la desigualdad como resultado de que no todas las capas de la sociedad se han beneficiado en la misma medida de los bajos tipos de interés. La educación superior y el lugar en el que se han realizado estos es-

tudios se han acabado convirtiendo en uno de los sellos de la desigualdad contemporánea. Las sociedades que en las etapas anteriores fueron más desigualitarias, actualmente han visto intensificada esta desigualdad, concentrándose aún más la renta en el 1 % más rico en países como EE UU, China, Rusia o los países del Oriente Medio (países petroleros). Además, la explosión poblacional de los países emergentes ha metido mayor presión sobre el medioambiente, generando una crisis climática para la cual la alta desigualdad entre las capas sociales de cada país introduce pocos incentivos a la toma decisiva de acciones contra el cambio climático.

### **Un cambio en las preferencias sociales**

Este cúmulo de fenómenos sociales, políticos y económicos lleva a nuestro autor a plantearse si se ha producido un cambio en las preferencias y las demandas de políticas dentro de las sociedades, en particular en las economías avanzadas, aunque extiende el análisis a varias potencias emergentes utilizando datos provenientes de encuestas. Y la respuesta es que sí. A lo largo de las últimas décadas, el electorado ha ido cambiando de manera transversal. Piketty tiende a centrarse en la dinámica producida entre los votantes de izquierdas, que han pasado de ser primordialmente individuos de clase obrera con escasos niveles de renta y formación a ser, hoy en día, personas con alta formación. De hecho, en el caso estadounidense, se ha dado cierto «divorcio» entre las clases populares y la izquierda demócrata, la cual ha ido virando hacia un electorado formado por la élite intelectual más las minorías históricamente discriminadas. En Europa, se ha generado una fuerte tensión en el seno de los partidos tradicionales de izquierda y socialdemócratas, pues no pueden apelar a las políticas socialdemócratas de los años sesenta y setenta para atraer votantes.

Por su parte, la derecha se ha ido convirtiendo en un electorado formado por élites económicas pero con tintes nativistas e identitarios que está permitiendo a los nuevos partidos de derechas atraer a una base electoral compuesta por individuos de la clase trabajadora. Para explicar esta dicotomía, el libro ofrece cierta deliberación acerca de qué hipótesis podría estar detrás de esta alternancia que se observa en los electorados. Esto es, si serían las causas económicas o las nativistas-identitarias las que estarían dirigiendo el cambio. Aunque Piketty abre la mano a que ambas explicaciones podrían estar teniendo su propio rol, se decanta por las causas económicas, relacionadas con el aumento de la desigualdad como principal argumento que explicaría el cambio en el electorado. No obstante, para sostener esta explicación no recurre a evidencia sólida, sino discursiva.

Estos nuevos patrones electorales sugieren que el eje político e ideológico de izquierda-derecha ya no consigue explicar con precisión las preferencias de los individuos. Por eso, es necesario considerar un espectro de ideologías aún más amplio. De acuerdo con ello, las ideologías actuales, y por ende los partidos, podrían clasificarse en 1) igualitarias-internacionalistas, que buscan la igualdad en renta más allá de las fronteras nacionales; 2) desigualitarias-internacionalistas, que defienden la integración internacional sin atender a la distribución de la renta; 3) igualitarias-nativistas, que persiguen la redistribución entre aquellos pertenecientes a un mismo grupo social (nacionales); y 4) desigualitarias-nativistas, que no atienden a la igualdad de riqueza incluso dentro del mismo grupo social. En cierto modo, este marco analítico se estaría aproximando a teorías politológicas más completas para el escrutinio de los partidos.

### **Hacia un socialismo participativo**

Si, como venimos diciendo, la desigualdad se debe a causas ideológicas, es esperable que se propongan soluciones para atajarla. A esto se dedica el último capítulo del libro, se-

guramente el que más polémica levante. Múltiples son las ideas que lanza Piketty, pues alberga la intención de explicar su concepción acerca de cómo la socialdemocracia clásica se tendría que renovar en una nueva versión que denomina «socialismo participativo». Para empezar, define lo que para él sería una sociedad justa, esto es, aquella que permita a todos sus individuos acceder a un nivel razonable de educación, sanidad y renta, pero que, a su vez, proporcione los medios para desarrollar una vida política, democrática y cultural dentro de las múltiples formas de cada país. Es decir, Piketty huye de los planteamientos que persiguen la igualación de la renta para todos los individuos y, a cambio, propone una sociedad igualitarista-internacionalista que trascienda las fronteras nacionales.

Para conseguir estos objetivos, su propuesta se articula en tres ejes. El primero se centra en una ambiciosa y radical reforma fiscal que lleve a una «difusión de la propiedad» en la sociedad. De acuerdo con ello, propone dos impuestos progresivos: uno sobre la renta y otro sobre la propiedad. El primero englobaría el clásico impuesto progresivo sobre la renta, al que habría que añadir las cotizaciones sociales y una tasa sobre el carbono. Los tipos impositivos oscilarían entre el 10 % y el 90 %, en función de la renta, y servirían principalmente para financiar el Estado del bienestar. En este contexto, las rentas del capital se tendrían que incluir como parte de esa renta y, además, habría que eliminar los impuestos indirectos, pues Piketty desconfía de su capacidad redistributiva. Respecto al impuesto de propiedad, incluiríamos el de patrimonio y el de sucesiones, pero con tipos impositivos mucho más amplios que los actuales. De hecho, si esta figura llegase a recaudar el 5 % del ingreso nacional, Piketty propone que con ella se financiase una ayuda monetaria directa para cada adulto joven de veinticinco años que supusiese una cantidad en euros equivalente al 60 % del patrimonio medio per cápita del país. Para el caso francés, cifra esta dotación de capital en unos 120 000 euros. La finalidad de esta transferencia sería la de promover la actividad emprendedora y evitar que haya individuos con riesgo de exclusión. Si bien en el libro se ofrecen ciertos cálculos agregados sobre esta amplia propuesta fiscal, no existe un análisis económico profundo de la misma ni una discusión acerca de los efectos positivos y negativos.

El segundo eje se centra en mejorar la gobernanza empresarial. Al estilo de los modelos de cogestión puestos en práctica en Alemania y Austria en la década de los sesenta, Piketty defiende que no sólo los sindicatos, sino también los trabajadores, han de ganar más poder de decisión dentro de la empresa. En concreto, llega a sugerir que los votos en los comités ejecutivos de las empresas lleguen a representar un 50 % para los trabajadores e, incluso, que este porcentaje de voto se vea limitado para los accionistas que tienen más del 10 % del capital de la empresa. De este modo, los trabajadores podrían participar en la gestión empresarial, influir en los objetivos empresariales a largo plazo y tener más capacidad de fijar salarios.

Por último, su tercer eje de propuestas se centra en la gobernanza internacional o, como él la define, transnacional. Según su enfoque, deberían surgir asambleas (organismos) transnacionales encargadas de los bienes públicos globales: el clima, la fiscalidad internacional, la circulación de factores productivos, la investigación, etc. Cada país debería estar representado y albergar poder de decisión, pero no de veto, en esa asamblea. Además, ésta debería organizarse por regiones económicas, al estilo de la Unión Europea, la cual debería de tener capacidad impositiva y abolir el poder de veto en el Consejo Europeo para conseguir mayor poder democrático. Como vemos, Piketty está pensando en una versión mucho más federal del actual diseño del a UE.

Claramente, el nuevo libro de Piketty no pretende dejar indiferente al lector. Su análisis es ambicioso y, posiblemente, demasiado largo, en ocasiones repetitivo; en otras, siembra dudas acerca de las explicaciones que propone. En cualquier caso, desde luego generará debate y ayudará a entender mejor las dinámicas sobre la desigualdad que estamos

presenciando. Es más, cabe esperar que se acabe convirtiendo en una obra de historia económica y social de referencia, pues consigue muy satisfactoriamente convencer de la necesidad de abrir el análisis económico a la ciencia política y la sociología sin que, por ello, todas las dinámicas estén claramente identificadas, sino meramente planteadas. Ya sólo por eso, podemos decir que *Capital et idéologie* marcará un antes y un después.

**Thomas Piketty** es director de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales y profesor de economía en la Paris School of Economics. Su anterior libro, *El capital en el siglo XXI* (2014, edición española) suscitó todo un debate internacional a partir de su publicación en inglés.

\* \* \*

Reseña de **Jorge Díaz Lanchas**, doctor y máster en economía internacional, investigador en organismos internacionales y profesor asociado en Universidad Loyola Andalucía.

## POPOLO, MA NON TROPPO

---

**Yves Mény**, *Popolo ma non troppo. Il malinteso democratico* («Pueblo pero no demasiado. El malentendido democrático»), Il Mulino Bolonia, 2019, 216 págs.

Por **Francisco J. Laporta**

Yves Mény no es un recién llegado. Ha desarrollado durante muchos años su pensamiento político en el mundo francés, en el italiano y en importantes instituciones académicas de la Unión Europea. Y ello se ha reflejado en un buen puñado de libros sobre política comparada, democracias imperfectas, ideologías políticas, corrupción, populismos, políticas públicas o problemas de encaje institucional de la Unión Europea, con traducciones a varios idiomas. Lo que resulta especialmente interesante de éste que comentamos es que también puede verse como una suerte de condensación de sus puntos de vista actuales sobre problemas de gran relevancia. Y no puede decirse que sea tranquilizador. Estamos, dice el autor, ante un tercer «momento» histórico que «ha derribado las creencias y roto las convenciones que han permitido construir la democracia desde hace dos siglos», y ello, además, alimentado por una desconfianza honda y difusa que se filtra por todos los poros del cuerpo social. Esto no es una simple jeremiada. Hay tres rasgos decisivos que acompañan su diagnóstico. «Un primer estrato de base de los sistemas democráticos quiebra en el momento en el que el mercado global triunfa sobre el Estado nacional territorial». Después está Internet, que hace aparecer al individuo como patrón del universo, «desde el momento que todos los aspectos de su vida privada y pública no tienen ya necesidad de intermediación alguna [...] con una potencia de fuego y una rapidez nunca vista antes, hace a cada ciudadano-usuario igual a cualquier otro, da el mismo peso a toda opinión o preferencia, cualquiera que ésta sea: informada, consciente, brillante, ignorante, innovadora, gastada o monstruosa. Todo individuo es como Sansón, que demuele las columnas del templo: destruye, quizás sin darse ni cuenta, los fundamentos del sistema representativo sobre el que se basan las democracias». Y, por último, está esa desconfianza mencionada, esa especie de actitud de sospecha permanente que se ha instalado no sólo en las relaciones políticas, sino en todas las relaciones sociales, profesionales y económicas, como una suerte de compulsión hacia el control y la transparencia, esa manía de «auditarlo» todo: «La sospecha está por doquier y, al mismo tiempo y paradójicamente, la credulidad está difundida: las versiones oficiales de los políticos y los expertos se tornan menos creíbles que las del ciudadano común, el hombre vulgar, independientemente de la materia, desde aquella más banal (el coste de la vida) a aquella más compleja (las vacunas, las medicinas, lo nuclear)». Según un estudio empírico realizado en Reino Unido que cita Mény, mientras que sólo el 15 % de los ciudadanos cree en lo que les dicen los políticos, un buen 68 % tiene confianza en las informaciones que le suministra su peluquero.

### La democracia, bajo múltiples fuegos

En ese marco de referencia, Mény nos ofrece una reflexión serena e informada sobre los diferentes ingredientes históricos y sistemáticos del sistema político democrático junto con los pasos que han determinado su última deriva populista. Por su propia impronta semántica, la democracia como propuesta engendra una fascinación basada en la profunda ambigüedad de su concepto, lo que desemboca casi ineludiblemente en una u otra

desilusión colectiva. La misma palabra, usada para evocar sueños diversos, hurta aspectos sustanciales del sistema, como que el poder democrático está limitado en el tiempo o que el pueblo es soberano, pero un soberano regulado. Y la crisis actual pone además en cuestión los dos pilares básicos sobre los que se funda la democracia representativa: en primer lugar, las democracias son nacionales y ¿en qué se tornan las democracias nacionales si la sustancia de lo que caracterizaba a la nación se ha evaporado en beneficio de otras entidades internacionales o supranacionales?; y, en segundo lugar, los ciudadanos ejercen el poder por mediación de los representantes, pero los partidos y los parlamentos no son hoy sino la sombra de sí mismos, aplastados por un hiperindividualismo que todo lo enfrenta con un *like* (me gusta) perentorio.

La democracia está hoy bajo múltiples fuegos, pero esto siempre ha sido así, seguramente porque tiene una maldición congénita: en el corazón mismo de su ideología se encuentra como principio constitutivo el de la soberanía del pueblo, pero este desiderátum no ha sido ni podrá ser nunca realizado. Cuando lo contemplamos desde la historia, el proceso de creación y configuración de la democracia es una suerte de *work in progress* permanente que obedece a rasgos y pulsiones variados según sea el pueblo sobre el que se implanta. Cada democracia tiene su historia; también, naturalmente, la democracia de la Unión Europea, que no puede apoderar directamente al pueblo sino a través de complejas mediaciones representativas.

El problema es, efectivamente, que cada uno tiene su pueblo, es decir, que cada uno articula el contenido de ese concepto de acuerdo con sus preferencias, intereses y valores; o que, aún peor, se disimulan esas preferencias, intereses y valores acudiendo a conceptos aún más inaprensibles, como el de nación, que se sirve de emociones telúricas e identidades imaginadas para sustituir al pueblo, con el que no se sabe qué hacer, con una entidad política aún más enigmática y borrosa. Y se acaba por establecer un continuo de pueblo, nación y Estado que ha configurado la legitimación del ejercicio del poder hasta hace bien poco. Pero ahora parece haberse quebrado la cohesión que a este constructo suministraba la idea de representación; y las nuevas preferencias, los nuevos intereses y los nuevos valores impugnan el continuo y proceden, cómo no, a improvisar un nuevo pueblo, al que se transmite sistemáticamente la idea de que ha sido dejado de lado. La movilización y el liderazgo se desentienden de los límites formales de la democracia representativa y pretenden ahora establecer una conexión privilegiada y directa entre la función política y el auténtico pueblo. Todas las mediaciones van a ser entonces ignoradas.

Algo semejante sucede con la presencia en la decisión política democrática de un ingrediente de *expertise* que a mediados del siglo pasado parecía inevitablemente destinado a colonizar poco a poco el espacio de la acción política. Pues bien, de ser reputado como auxilio necesario, ha pasado a convertirse en chivo expiatorio de todas las demandas sociales difusas, especialmente en el ámbito de la Unión Europea, donde la comitología ha transformado el *iter* de la decisión en un procedimiento opaco sólo accesible a los iniciados. La gobernanza ha venido así a sustituir al gobierno mediante la aceptación en los comités de decisión de segmentos de la sociedad civil con poder suficiente para hacerse oír y la expansión de la opinión experta. Decisión experta y decisión democrática se van así separando con un doble riesgo. Por un lado, atribuir a la decisión experta todas las simplezas conspirativas que quepa imaginar: los burócratas (muy en especial, naturalmente, los burócratas de la Unión Europea) forman un cuerpo de funcionarios que disimulan los intereses a los que sirven, ajenos cada vez más a las necesidades del pueblo. Su falta de *input*-legitimidad (no haber sido elegidos) no se ve tampoco compensada con un grado satisfactorio de *ouput*-legitimidad (unos resultados que pueda decirse que vale la pena obtener aún a costa de la oscuridad y los tecnicismos de los procesos decisorios). Por otro lado, el riesgo de apelar al pueblo para disponer de un poder que se atreve a ignorar los

elementos cognoscitivos y los datos empíricos que deben escoltar siempre a toda decisión política. Esta quiebra de la unión de los componentes democráticos y los componentes expertos de la decisión política hace crujir las cuadernas de la democracia actual en dos sentidos contrapuestos: hay quienes consideran la presencia de los expertos como un permanente peligro de complot, y otros ven al pueblo como una entidad tan informe, manipulable e ignorante que postulan la idea de una organización del poder que lo ignore y se estructure en torno a la opinión de los técnicos. Una posición tan peligrosa como la otra, y muy cara para los economistas llamados libertarios.

Aunque esto no pretenda ser una descripción minuciosa del libro, no puede dejarse de lado el recuerdo que hace Mény de varios problemas y dilemas que se dan por saldados en las discusiones actuales. Por mencionar uno con frecuencia mal enfocado: el de la no siempre pacífica convivencia de la idea de democracia y los llamados derechos sociales, que se suelen unir en el debate político, pero no tienen tal encaje lógico necesario. Y por pasar a otro muy relevante, que ocupa su atención en un capítulo completo: el de la relación entre liberalismo y democracia. Y, entre no pocos datos y comentarios interesantes, el autor se centra en dos puntos esenciales que muestran lo turbulento (*travagliato*) que ha podido ser ese matrimonio. El liberalismo, en primer lugar, ha introducido en el discurso democrático una noción fuerte de derechos individuales, que, a pesar de los lugares comunes que tan a menudo se escuchan, son un ingrediente potencialmente antagónico de la decisión democrática, una suerte de límite a esa decisión. Actualmente, además, empujados por una ola de garantismo y judicialización de todas sus exigencias, han devenido en una importante protección individual de cada ciudadano, pero también han tenido un cierto efecto perverso de burocratización, judicialización y ralentización de la acción política. En segundo lugar, el liberalismo ha contribuido a crear mecanismos institucionales de moderación y mitigación del poder político que han sido útiles para «refrenar las pulsiones populares y mayoritarias». Pero el problema es que ante las nuevas circunstancias de la globalización, algunos de los caminos que parecen haberse tomado han implicado prescindir de las aportaciones que una de las partes de ese matrimonio tumultuoso, el liberalismo, ha ofrecido al decurso de la vida política. Se tienden a negar derechos o a excitar las pulsiones mayoritarias. He aquí el guion que ha previsto la aparición del impulso populista en nuestras sociedades.

### **Explosión populista**

El autor apuesta siempre por la virtud de la democracia representativa, hasta el punto de ver en ella la única posibilidad de afrontar el problema político que deja sobre el tapete una globalización en la que sólo las reglas del mercado y el proceder anómico de muchos de sus actores pretenden tener vigencia. No duda en postular para el ámbito de las relaciones internacionales la necesidad de una representación democrática en la toma de decisiones y la regulación de los intercambios; en tratar, en suma, de extraer de su ámbito nacional actual la idea más plausible de democracia para proyectarla sobre el ámbito internacional. Y, como consecuencia de ello, ve en la «explosión» populista una amenaza que, en lugar de profundizar en las exigencias del orden democrático, como pretende, puede conducir a su invalidación. Es muy consciente de que «Europa asiste aturdida desde al menos dos decenios al ascenso irresistible del populismo, un fenómeno casi desconocido hasta ahora y que parecía distintivo de los Estados Unidos en su variante democrática, y de Sudamérica en la versión caudillista-peronista», por mucho que los análisis politológicos se hayan inclinado en su mayoría por tratarlo como una etiqueta más que como un concepto y hayan negado valor explicativo e interpretativo a un término o un concepto tan evasivo y resbaladizo. Una actitud que parece a Mény exagerada e injusta. Y, consecuentemente, los dos últimos capítulos del libro los dedica efectivamente a indagar en ese fenómeno. El

populismo empieza por ser una protesta desencadenada por frustraciones y desilusiones ante las políticas mercadistas que han predominado en el panorama mundial, y que han arrastrado consigo también a los partidos y sindicatos socialdemócratas. Ésas han sido, seguramente, las primeras víctimas del profundo desengaño colectivo que ha emergido con la gran crisis económica del siglo XXI.

Pero esa protesta, pues el populismo para Mény es en su origen una protesta, no es en general antidemocrática en sentido estricto, ya que, a pesar de enfrentar a los viejos partidos esclerotizados, tiene la pretensión de apelar al pueblo por métodos de democracia directa. «El populismo es ante todo rabia, frustración, exasperación, que los tradicionales canales de representación se han revelado incapaces de comprender, satisfacer y controlar». Y a vehicular esa rabia contribuyen muy especialmente los nuevos instrumentos de expresión, que «combinan la facilidad (un clic en el ordenador), el anonimato (los pseudónimos) y el gregarismo numérico sin otro ligamen social al margen de los *like* digitales». Por eso las nuevas vías de expresión de las demandas políticas tienden a huir de cualquier mediación organizativa: el referéndum, las primarias, los movimientos tipo chalecos amarillos, etc. Al lado de estas causas estructurales, se dan también otras sustanciales: la creciente divergencia entre política (elecciones, programas, instituciones) y políticas públicas, en particular en Europa. Y, por último, causas procedimentales, que son variadas y dependen de las «ventanas de oportunidad» que en cada sistema político y circunstancia se revelan más propicias: las elecciones intermedias (regionales o municipales), los resquicios de los sistemas electorales y la utilización del referéndum (Mény recuerda el momento surrealista de 2015, cuando los electores daneses rechazaron en referéndum una propuesta «cuyo contenido y formulación eran sólo comprensibles para un puñado de expertos de derecho de la Unión Europea»).

Sea ello como fuere, el temor de Mény se hace al final explícito: «La ausencia de mediación y de mediadores certificados pone en grave peligro todo el andamiaje conceptual, ideológico y práctico sobre el que se ha construido la democracia occidental». «La democracia que funciona es aquella fundada en la representación y presupone una mediación generalizada de las relaciones sociales y políticas. Asociaciones, sindicatos, y partidos reúnen, organizan, movilizan y actúan por cuenta de los individuos, de los consumidores, de los ciudadanos que no tienen la capacidad, los medios, la voluntad o la disponibilidad del tiempo necesario para acciones individuales». Y tales filtros –concluye el autor– están por desaparecer o, en el mejor de los casos, atraviesan una crisis profunda. Todas las democracias se ven ya golpeadas. Pero lo que es peor es que gran parte de la protesta vehiculada por los movimientos populistas ha sido hipotecada por la derecha reaccionaria, de la cual Europa se consideraba inmune tras la trágica experiencia de los años treinta del pasado siglo. A examinar esa deriva dedica el autor el último capítulo del libro. Merece la pena.

El sentido del título del libro, *Popolo ma non troppo. Il malinteso democrático*, no es, como pudiera parecer, un guiño escéptico o cínico, o la expresión de un mensaje contrario a la tan traída y llevada «profundización» de la democracia. Es ante todo una advertencia seria y muy bien documentada sobre los dilemas y las antinomias de los sistemas de valores y las pautas de organización de la vida política de las democracias avanzadas, que sufren muchas veces de la incontinencia verbal tan propia del lenguaje de la política. Empieza mencionando la magia seductora y atrayente que tiene la palabra «democracia», y logra, en un libro pequeño y accesible, poner sobre el tapete los grandes problemas que esa magia puede propiciar. Está lleno de sentido común, conocimiento histórico, experiencia personal y multitud de destellos particulares que lo hacen muy interesante.

**Yves Mény** es profesor ordinario de Ciencia Política. Ha enseñado en las universidades francesas de Rennes, Paris II, Sciences Po Paris, y en las universidades de Roma, Catania, Washington y Nueva York. Ha creado y dirigido el Robert Schumann Center for Advanced Studies en el Instituto Universitario Europeo, del que ha sido después presidente. Actualmente enseña en Roma. Sus publicaciones sobre problemas políticos e institucionales han sido traducidas a varias lenguas. Entre las más recientes, están sus libros sobre democracias imperfectas, corrupción, populismo y crisis de la democracia.

\* \* \*

Reseña de **Francisco J. Laporta**, catedrático emérito de Filosofía del Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid. Profesor en universidades españolas y extranjeras es editor gerente de la serie *Law and Philosophy Library*, publicada por Springer, y Premio Nacional de Investigación en ciencias jurídicas y sociales (2008).

## ESTADOS, SOCIEDADES Y EL ESTRECHO CAMINO DE LA LIBERTAD

---

**Daron Acemoglu y James A. Robinson**, *The Narrow Corridor. States, Societies and the Fate of Liberty* («El estrecho pasillo: Estados, sociedades y el sino de la libertad»), Penguin, 2019, 576 págs. En su edición española: *El estrecho pasillo: Estados, sociedades y cómo alcanzar la libertad*, Deusto, 2019.

Por **Francesc Trillas**

Daron Acemoglu y James A. Robinson continúan con *The Narrow Corridor* lo que empezaron con *Why Nations Fail* (2012, edición española: *Por qué fracasan los países: los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*): un análisis detallado sobre por qué algunos países consiguen desarrollarse y garantizar la libertad de sus ciudadanos y otros no. La metodología es la misma: un marco conceptual común y una larga lista de estudios de caso (basados en una abundante literatura académica multidisciplinar), que van desde la Grecia clásica hasta Estados Unidos y Europa en el presente.

Se trata de un intento de concretar lo que en el libro anterior quizás era un mensaje demasiado vago, según el cual la clave del desarrollo en libertad estaba en la construcción de instituciones política y económicamente inclusivas. Quedó pendiente caracterizar lo que se entendía exactamente por inclusividad y qué factores conducían a este marco institucional virtuoso.

### Un marco conceptual común

Si la historia que se presenta de cada país es una narración fascinante llena de detalles, el modelo teórico del nuevo libro queda sintetizado en un gráfico que se repite en distintas versiones con pequeños detalles añadidos. Este gráfico en dos dimensiones, a saber, el poder del Estado y el poder de la sociedad, refleja que existe un corredor, un pasillo, que sube hacia arriba y hacia la derecha en el gráfico, es decir, aumentando a la vez la capacidad del Estado y la capacidad de la sociedad civil, por el cual transitan las sociedades que consiguen desarrollarse en libertad. Sin embargo, alcanzar este pasillo no es para nada fácil, y muchas colectividades quedan atrapadas fuera de esta zona virtuosa, ya sea por un desequilibrio en forma de excesivo poder del Estado (el Leviatán despótico) o por un desequilibrio en forma de excesivo poder de la sociedad, sin restricciones ni controles impuestos por el Estado (el Leviatán ausente). El tamaño de las distintas regiones es variable en función de las condiciones históricas, como por ejemplo el mayor o menor peso del trabajo coercitivo.

Una condición necesaria para desplazarse con seguridad por la senda del estrecho pasillo es deshacerse de lo que los autores denominan «la jaula de las normas», aquellas convenciones y reglas sociales ancestrales que impiden desarrollar sistemas de justicia que vayan más allá de los clanes o las castas.

Los países que han alcanzado una posición cómoda y estable a lo largo de la senda deseable no lo han hecho por la concesión graciosa de las élites estatales, sino porque el Estado se ha adaptado a la presión de la sociedad y ésta, a su vez, ha consentido restringir su comportamiento por la senda de las normas fijadas por las instituciones públicas.

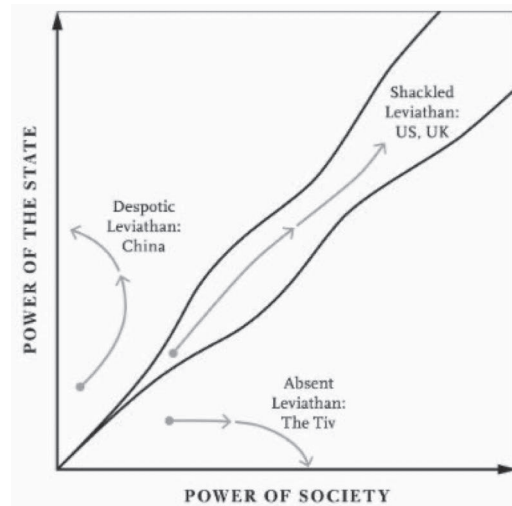


Figura 1.

Una vez planteado este marco conceptual, los distintos capítulos del libro consisten en un ejercicio en el que una gran variedad de experiencias puede ubicarse en el mencionado gráfico. Así, países como Suiza, gracias a la presión desde abajo de una sociedad libre, consiguió desarrollar instituciones centralizadas más allá y como complemento de sus cantones, convirtiéndose en uno de los países más ricos y libres del mundo. Los países escandinavos, como Dinamarca o Suecia, también habrían conseguido desarrollar aparatos estatales con una gran capacidad y calidad, en equilibrio con una sociedad activa, en la que un protagonismo destacado correría a cargo de las organizaciones sindicales. Sin embargo, en países como la Prusia anterior a la unificación alemana, Rusia o China, el Estado pesó o pesa demasiado en relación con la sociedad, que se ve sometida a regímenes despóticos. Paradójicamente, en estos casos el Estado como institución está menos desarrollado que en países que recorren senda arriba el pasillo estrecho, porque el contrapoder de la sociedad permite apoyar de modo sostenible al Estado, como sí ocurre, por ejemplo, en los países escandinavos.

Si bien en este sentido la metáfora del pasillo estrecho tiene sentido, los autores utilizan repetidamente otra metáfora que es menos convincente: la de la «reina roja». El equilibrio entre fuerza del Estado y fuerza de la sociedad civil sería como la idea de la reina de corazones de *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll, que sostenía que había que correr mucho para seguir en el mismo sitio. Sin embargo, si bien quizá puede entenderse el pasillo estrecho como el fuerte desarrollo de Estado y sociedad para mantener las fuerzas equilibradas, en la metáfora de Carroll no había fuerzas en equilibrio, sino que se refería al esfuerzo individual para no quedarse atrás. «Hace falta correr mucho para permanecer en el mismo sitio» no parece que tenga mucho que ver con el equilibrio entre dos fuerzas que facilitan el crecimiento económico y no la parálisis.

Pequeñas diferencias institucionales tienen importancia crítica en cruces de caminos clave, según el libro anterior de los autores. Ahora, en el nuevo, se proporciona una discusión más detallada sobre las razones de las trayectorias divergentes, que tienen que ver con el lugar en que se encuentra cada país en el plano bidimensional entre Estado y sociedad en el momento de recibir *shocks* tecnológicos, demográficos, bélicos, financieros o de otro tipo.

Sin embargo, tiene algo de tautológico decir que casi cada país que ha funcionado bien cabe en la parte virtuosa del modelo (el pasillo estrecho), y otros, no. La mayor

dificultad estriba en distinguir por qué algunas instituciones de la sociedad civil son complementarias de un Estado capacitado, y otras sociedades, pese a desarrollar también instituciones colectivas, no logran que éstas se complementen con tal Estado. Entre estas instituciones sociales que no se complementan bien con el Estado están desde pequeños mecanismos de clan en África hasta un sistema de castas como el indio, que afecta a cientos de millones de personas. Resulta difícil para los autores explicar qué une a estas instituciones, tan distintas, más allá de que no han conseguido complementarse con el desarrollo de un Estado capacitado.

Para los autores, la política asamblearia de las tribus germánicas y la tradición pública del Imperio romano sentaron las bases para que la mayoría de los países de Europa pudieran combinar un Estado capacitado con una sociedad activa. Ello no obsta para que algunas experiencias en Europa hayan funcionado mejor que otras. Por ejemplo, Suiza consiguió ir organizando desde abajo instituciones centralizadas y fortalecerse, mientras que en Prusia el Estado pesó demasiado y acabó cayendo del lado despótico (y paradójicamente, acabó con un Estado más débil que Suiza por falta de contrapesos), mientras que Montenegro no fue capaz de organizarse de modo centralizado, por razones parecidas a las de países en otras latitudes como Nigeria o Líbano.

Tras la Gran Depresión de 1929, Suecia (a diferencia, según los autores, de la República de Weimar) y Polonia (en los tiempos de la caída del muro de Berlín) muestran la posibilidad de trayectorias virtuosas donde una sociedad fuerte hace de contrapeso y por tanto hace posible el desarrollo de un Estado fuerte. En ambos casos, se aprecia la importancia de instituciones de negociación salarial, con un rol importante para los sindicatos, que otorgan legitimidad a las políticas públicas, aunque adolezcan de ineficiencia a corto plazo.

Tras la caída del comunismo, según los autores, la diferente trayectoria de Rusia y Polonia se puede explicar con relación al marco conceptual que plantean. A diferencia de Rusia, Polonia tenía una sociedad civil organizada, y por eso pudo desarrollar un aparato estatal democrático con el consentimiento, no sin episodios de conflicto, de la sociedad civil, en especial los sindicatos y la Iglesia católica. Es una lástima que el libro despache muy brevemente las dificultades que la democracia polaca sufre en el presente, con un simple comentario del estilo de que nada es seguro. Por su parte, Rusia bien pronto se desequilibró a favor de un Estado despótico por falta de fuertes organizaciones sociales.

Alemania y Chile en su trayectoria reciente demuestran que se puede volver al pasillo estrecho una vez se sale de él, aunque la influencia externa es importante. En Perú y Venezuela, con Fujimori y Chávez, hay muestras de lo que los populistas pueden hacer con las instituciones cuando pierden el poder. Sólo en el caso de Hungría se demuestra el poder que pueden tener las instituciones de la UE para frenar el despotismo populista. Las instituciones fuertes en un marco de reglas respetadas facilitan el equilibrio entre Estado y sociedad.

### **Los límites del modelo**

Igual que ocurre en *Why Nations Fail*, el modelo de *The Narrow Corridor* no consigue explicar el caso de mayor éxito económico de las últimas décadas: aunque China ha oscilado entre períodos de lo que los autores denominan «legalismo» con un Estado fuertemente despótico y períodos de una mayor benevolencia confucianista hasta nuestros días, Acemoglu y Robinson sostienen que la incapacidad de desarrollar instituciones sociales autónomas frena en último término la capacidad del Estado para proveer bienes públicos a gran escala, lo que a la larga impedirá a China prolongar su crecimiento. Sin embargo,

cuando un fenómeno se prolonga ya por varias décadas, la presunción de correlación positiva entre estar en el pasillo estrecho y el desarrollo económico se desvanece al ser la excepción de tal magnitud.

Los autores consiguen articular hábilmente narrativas de los hechos históricos que encajan en su estrecho corredor, desde la Atenas clásica hasta la evolución de Estados Unidos. En este último caso, desde la era colonial, pasando por el trabajo «equilibrador» de los federalistas en la Constitución estadounidense, hasta las dificultades del presente por un desarrollo deslumbrante que no consigue alcanzar a todos sus ciudadanos, todo ello es interpretado en función del gráfico bidimensional.

En América Latina, la comparación entre Guatemala y Costa Rica ejemplifica cómo unas mismas condiciones estructurales pueden dar lugar a trayectorias muy distintas debido a pequeños detalles institucionales en las condiciones iniciales. Si en Guatemala las élites eran muy poderosas cuando desapareció el poder de la metrópolis española, en Costa Rica su debilidad facilitó un proceso de construcción desde abajo de un Estado capaz y virtuoso. En cambio, más al sur se han construido democracias que toman la forma de lo que los autores llaman «Leviatán de papel»: Argentina y Colombia.

Aunque poseen las instituciones formales de un Estado democrático, la debilidad y fragmentación de sus sociedades limita su capacidad para proveer bienes públicos y frena su desarrollo económico. Sin embargo, los autores no consiguen explicar con su modelo las diferencias entre estos dos países. Si Argentina sigue siempre al borde del abismo macroeconómico, Colombia posee una notable estabilidad en sus macromagnitudes y ha mostrado capacidad, no sin dificultades, de acometer un ambicioso proceso de paz. O Chile, donde una sociedad relativamente organizada reclama un mejor reparto de los frutos de una cierta estabilidad. Si la condena de Colombia se antoja excesiva, lo mismo puede decirse de la India, cuyo sistema de castas impide, según los autores, desarrollar una sociedad libre como contrapeso al Estado y donde la democracia puede incluso fortalecer la división. La escisión por castas, combatida desde el Estado, distorsiona sin duda la política, pero es difícil negar la capacidad de la compleja democracia india de evitar hambrunas y un mayor derramamiento de sangre en un subcontinente de extraordinaria diversidad cultural, religiosa y lingüística.

El riesgo de cubrir con un mismo marco conceptual experiencias tan diversas en el espacio y el tiempo puede ilustrarse con lo que se dice de la península ibérica, donde al parecer el desarrollo armónico europeo, gracias a la combinación de asambleísmo germánico e instituciones romanas, se vio truncado de forma misteriosa por la presencia musulmana y la Reconquista. Si es cierto que los mismos factores estructurales pueden tener distintos impactos en una trayectoria política dependiendo del equilibrio de poder entre Estado y sociedad, no es menos cierto que con toda seguridad habrá otros muchos factores que contribuyen a explicar la trayectoria compleja, con claroscuros, de realidades como España, China o Colombia.

El mensaje profundo del libro es que la historia importa, y es por eso por lo que no hay final de la historia, porque cada trayectoria es distinta y compleja. Pero los autores, limitándose a un solo modelo, corren el riesgo de dejar en un segundo lugar (pese a su énfasis en el freno que supusieron las aristocracias rurales) los conflictos dentro de la sociedad, y cómo distintos sectores de ésta (como por ejemplo las clases sociales en general) utilizan el aparato gubernamental como instrumento para intentar imponer sus intereses.

Habrà que hacer frente a los problemas del presente, mencionados en el último capítulo del libro (la globalización, el cambio tecnológico), aprendiendo las lecciones del pasado. Sin duda, pese a las reservas de Friedman y la escuela austríaca, criticadas certeramente por los autores, el desarrollo en libertad requiere un Estado democrático fuerte y capaci-

tado. Y para construirlo se requiere una evolución donde la historia importe, evolución que necesariamente se basa en sistemas complejos difíciles capturar en un único esquema que se pueda aplicar a todas las sociedades humanas.

**Daron Acemoglu**, nacido en Estambul (Turquía), es doctor por la London School of Economics y profesor del MIT desde 1993. Es experto en economía política y fue el tercero, tras Paul Krugman y Greg Mankiw, en la lista de mejores economistas vivos menores de sesenta años en una encuesta de 2011 entre economistas estadounidenses. Con Robinson, es autor de *Economic Origins of Dictatorship and Democracy* (2006) y *Why Nations Fail* (2012), en su edición española: *Por qué fracasaron los países*, Booket, 2014.

**James A. Robinson** es un economista británico, doctor por la Universidad de Yale y profesor de Ciencia Política en la Harris School of Public Policy de la Universidad de Chicago desde 2015, tras haber estado en Harvard (desde 2005). Es experto en el desarrollo político y económico, con especial foco en América Latina y África.

\* \* \*

Reseña de **Francesc Trillas**, profesor de la Universitat Autònoma de Barcelona. Es doctor en economía por el Instituto Universitario Europeo de Florencia, y fue investigador en la London Business School y en la Universidad de California (Berkeley). Forma parte del equipo de investigación del Observatorio de las Ideas.

## ODLI. N.º 82, Enero 2020

## 1. LA NUEVA CLASE SIRVIENTE URBANA

- Autores: David Autor, Derek Thompson y Bong Joon-ho.
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

## 2. INFLUENCIA DEL POPULISMO LATINOAMERICANO

- Autor: Sebastian Edwards.
- Comentario: Francesc Trillas.

## 3. INNOVACIÓN: DE LA CANTIDAD A LA CALIDAD

- Autor: WIPO, la Universidad de Cornell, INSEAD y otras agencias.
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

## 4. LA AUSTERIDAD IMPULSÓ EL VOTO A FAVOR DEL BREXIT

- Autor: Thiemo Fetzer.
- Comentario: Jordi Domènech.

## LIBROS

- *The Theft of a Decade. How the Baby Boomers Stole the Millennials' Economic Future*, de Joseph C. Sternberg.
- *This Is Not Propaganda. Adventures in the War Against Reality*, de Peter Pomerantsev.

## ODLI. N.º 81, Diciembre 2019

## 1. ¿RALENTIZACIÓN TECNOLÓGICA?

- Autor: Gartner Inc.
- Comentario: Gloria Álvarez-Hernández.

## 2. LECCIONES DEL CASO ODEBRECHT

- Autores: Nicolás Campos, Eduardo Engel, Ronald Fischer y Alexander Galetovic.
- Comentario: Francesc Trillas.

## 3. LA COMPETENCIA CHINA SE TRASLADA AL TRABAJADOR TEMPORAL

- Autores: Lee G. Branstetter, Brian K. Kovak, Jaqueline Mauro y Ana Venancio.
- Comentario:

## 4. LA 4RI EN DEFENSA

- Autor: Peter Layton.
- Comentario: Jordi Domènech.

## LIBROS

- *The Technology Trap. Capital, Labor, and Power in the Age of Automation*, de Carl Benedikt Frey.
- *India Connected: How the Smartphone is Transforming the World's Largest Democracy*, de Ravi Agrawal.

## ODLI. N.º 80, Noviembre 2019

## IDEAS DE INTERÉS

## 1. EL RIESGO DEL EXCESIVO TAMAÑO DE ALGUNAS MULTINACIONALES.

- Autores: Naomi R. Lamoreaux y Carl Shapiro.
- Comentario: Francesc Trillas.

## 2. BANCOS CENTRALES SEGUIDISTAS.

- Autores: Óscar Jordà y Alan M. Taylor.
- Comentario: Jordi Domènech.

## 3. TECNOLOGÍAS PARA ABORDAR DESAFÍOS SOCIALES.

- Autor: KISTEP (Instituto de Evaluación y Planeamiento de Ciencia y Tecnología de Corea del Sur).
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

## 4. DINAMISMO EMPRENDEDOR SUECO

- Autores: Lars Persson, Frederik Heyman y Pehr-Johan Norbäck.
- Comentario: Jordi Domènech.

## LIBROS

- *Superminds: The Surprising Power of People and Computers Thinking Together*, de Thomas W. Malone.
- *Cultural Backlash: Trump, Brexit and Authoritarian Populism*, de Pippa Norris y Ronald Inglehart.

## ODLI. N.º 79, Octubre 2019

## IDEAS DE INTERÉS

## 1. TOFFLER Y LA POLÍTICA TECNOLÓGICA CHINA.

- Autores: Julian Gewirtz.
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

## 2. LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA DEMOCRACIA LIBERAL.

- Autores: Sharun W. Mukand y Dani Rodrik.
- Comentario: Francesc Trillas.

## 3. GLOBALIZACIÓN Y COLAPSO FAMILIAR.

- Autores: David Autor, David Dorn y Gordon Hanson.
- Comentario: Jordi Domènech.

## 4. LA ECONOMÍA CIRCULAR: ¿INSTRUMENTO DE PROPAGANDA O DE DESARROLLO SOSTENIBLE?

- Autores: Neal Millar, Eoin McLaughlin y Tobias Börger.
- Comentario: Xavier Massa.

## LIBROS

- *Empty Planet: The Shock of Global Population Decline*, de Darrell Bricker y John Ibbitson.
- *Unelected Power: The Quest for Legitimacy in Central Banking and the Regulatory State*, de Paul Tucker.

## ODLI. N.º 78, Septiembre 2019

## IDEAS DE INTERÉS

## 1. PIKETTY TIENE RAZÓN.

- Autores: Óscar Jordà, Katharina Knoll, Dmitry Kuvshinov, Moritz Schularick y Alan M. Taylor.
- Comentario: Jordi Domènech,

## 2. 'CHUHAI' (出海), LA INTERNACIONALIZACIÓN DE LAS EMPRESA CHINAS.

- Autores: Hans Tung y Zara Zhang.
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

## 3. DISRUPCIÓN TECNOLÓGICA EN LA BANCA.

Autor: Xavier Vives.

- Comentario: Francesc Trillas.

## 4. SEGURIDAD ANTE LA ACELERACIÓN TECNOLÓGICA.

- Autores: Kathryn E. Bouskill y Seifu Chonde (RAND Corporation).
- Comentario: Gloria Álvarez Hernández.

## LIBROS

- *The Age of Surveillance Capitalism: The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*, de Shoshana Zuboff.
- *On Freedom*, de Cass Sunstein.